

Demetrio Boersner

## La Hora Internacional

El acontecimiento más importante y positivo de los últimos días en el mundo, ciertamente lo constituyó el referéndum por el cual la minoría blanca de Suráfrica votó inteligentemente y responsablemente en favor del abandono definitivo del apartheid y el avance hacia una democracia con igualdad para personas de todas las razas. Ese paso alentador hacia la libertad, la justicia y la paz fue posible en gran medida gracias a la acción orientadora de dos dirigentes excepcionales: el negro Mandela y el blanco De Klerk se encuentran entre los poquísimos estadistas grandes del mundo actual.

Otro suceso que reviste alto interés es la decisión tomada por el Partido Comunista Chino, de reanudar el avance hacia la liberación económica y social, pero sin aflojar su monopolio del poder político. El anciano Deng Xiaoping (otro gigante en medio de tantos enanos) ha esbozado e impuesto una estrategia "para cien años", encaminada a democratizar el socialismo autoritario, o comunismo, desde arriba, con pulso firme, y tratar de evitar las desquiciantes precipitaciones del "ensayo Gorbachov."

En el hemisferio occidental, el proceso electoral de los Estados Unidos constituye el tema más interesante y significativo. Desde ahora hasta el mes de noviembre, es probable que en América ocurran pocas cosas importantes, ya que nuestros "países modestos" tienden a reducir su ritmo de actividad política y adoptar una actitud de espera cada vez que los norteamericanos se retiran temporalmente de la escena internacional para concentrarse en la determinación de su destino interno.

En Europa Occidental ya pasó la euforia de Maastricht, y la integración

está perdiendo algo de su velocidad. A cada momento se hace evidente la natural terquedad de los intereses nacionales, y cada paso integrador se negocia con sudor y dolores de cabeza.

Rusia y los demás Estados ex-soviéticos están atravesando su invierno benigno con menos frío y menos hambre de lo que se temía, y tal vez su proceso de restauración capitalista resulte soportable. Así cabe anhelarlo por razones humanitarias porque cualquier ruptura violenta podría resultar en el auge del fascismo y la guerra.

Es posible que la socialdemocracia (expresión política del pensamiento económico keynesiano y de los intereses de la gente humilde) salga de su actual estancamiento mundial y comience una nueva etapa de ascenso, si Neil Kinnock y sus laboristas ganan las elecciones de abril. Por la influencia internacional que la Gran Bretaña sigue teniendo, se trata de un proceso que amerita nuestra atención.

### LA GRAN DECISION SURAFRICANA

La punta meridional de Africa, originalmente poblada por hotentotes y bochimanos con patrones culturales correspondientes a la Edad de Piedra, fue invadida desde el Norte por etnias bantúes (zulú, xosa y otras) de un nivel histórico-cultural similar al de los griegos de la época homérica y los nórdicos del tiempo de los vikingos. Centenares de años más tarde, en el siglo 17, desembarcaron holandeses que decidieron quedarse y comenzaron a cultivar la tierra. Estos agricultores o campesinos ("boers" o "burs" en holandés) a su vez fueron invadidos y empujados desde el Cabo de la Buena Esperanza hacia el interior del

país por los ingleses que convirtieron el Cabo en base estratégico-naval y en factoría comercial, en el siglo 19.

Hacia fines de ese mismo siglo se descubrió que el subsuelo surafricano contiene riquezas minerales incomparables (los mayores yacimientos de oro y de diamantes del mundo, además de uranio, platino, cobre, vanadio, manganeso, fosfatos, estaño, níquel, cromo, carbón, hierro y antimonio). El Imperio Británico provocó un conflicto con los descendientes holandeses y se apoderó de Suráfrica en la Guerra de los boers, de 1900 a 1902.

Desde allí en adelante, Suráfrica tuvo una sociedad negra en su gran mayoría, con una minoría blanca rural de habla "afrikaans" (dialecto derivado del holandés), y una minoría aún más reducida, urbana y gobernante de habla inglesa. Además existen núcleos étnicos que no son ni negros, ni blancos: hindúes y "gente de color" (mulatos).

Los "afrikaners" o boers, de origen holandés, que son la mayoría de los blancos, jamás se reconciliaron con sus conquistadores ingleses y formaron su movimiento "nacionalista" dedicado a la causa de luchar por el restablecimiento de la supremacía boer, contra los ingleses por un lado y los reclamos de la gran mayoría negra por el otro. El nacionalismo boer o afrikaner tuvo dos vertientes, una oficial y la otra oculta. La expresión oficial es el Partido Nacional o Nacionalista, actualmente en el poder, y la oculta es una organización secreta a ratos siniestra denominada el "Broederbond" (Liga de Hermanos), fanáticamente dedicada a la defensa de la supremacía blanca y de habla afrikaans, y a la represión de la "raza inferior" negra. Durante la segunda Guerra Mundial, el Broederbond simpatizó y tuvo vínculos efectivos con Alemania Nazi. El Broederbond es el núcleo central de los dirigentes y activistas afrikaner, en tanto que el Partido Nacional constituye la periferia masiva y visible desde el exterior.

Llegado al poder en 1948, el Partido Nacional estableció una dictadura férrea de la minoría blanca sobre las mayorías negras y morenas. Las leyes de "apartheid" (segregación) ordenaron la separación estricta entre las

razas. El sufragio, el poder, la riqueza y todas las mejores tierras quedaban reservadas para los blancos, en tanto que a los negros se les pretendía asentar en reservas tribales (muy pobres y desasistidas). El negro que no quisiera estar en esas reservas, podía vivir en barrios miserables, en las afueras de las ciudades blancas, trabajar como obrero o como peón agrícola, sin derechos de ninguna índole y con paga mucho más baja que la de los trabajadores blancos. Se prohibió el matrimonio entre blancos y negros o morenos, y se impuso la pena de prisión por toda relación sexual entre personas de origen europeo y las pertenecientes a otras razas.

Ese régimen neo-esclavista perduró hasta la actualidad y provocó la indignación de toda la humanidad democrática. Pese al interés de los sectores financieros e industriales del mundo en las riquezas de Suráfrica, la presión de los pueblos, sobre todo del tercer mundo, obligó a las Naciones Unidas y todos sus Estados miembros a adoptar sanciones contra el régimen racista de la República Surafricana.

Hubo tres factores que paulatinamente causaron cambios en la reaccionaria testarudez de los dirigentes nacionalistas blancos. En primer término, las sanciones y la desaprobación internacional les dolieron y los hicieron pensar. En segundo lugar, se formó un combativo y heroico movimiento de liberación de los negros, liderizado por la organización clandestina Congreso Nacional Africano (ANC), que amenazó con hundir a la minoría blanca surafricana en un mar de sangre y de violencia. Y como tercer motivo, surgió la conciencia de los empresarios blancos, de que el progreso tecnológico requería la formación de trabajadores negros más preparados y sofisticados, lo cual implica la necesidad de ofrecerles mayor libertad y mayores derechos.

El presidente De Klerk, en el poder desde 1989, tuvo sus orígenes políticos e ideológicos en la turbia mística racista del Broederbond pero, como hombre de excepcional lucidez y de altura moral, comprendió que el apartheid está condenado por la historia, y que la única manera de salvar la presencia blanca en Suráfrica y de

conservar lo más esencial de los intereses y privilegios de los descendientes de europeos en esa región, consiste en negociar con el ANC para establecer una sociedad democrática plurirracial, en la cual exista un equilibrio entre la mayoría numérica de los negros y el peso socioeconómico de la minoría blanca.

Para realizar ese gran proyecto, De Klerk liberó de la cárcel a ese hombre de enorme lucidez y nobleza que es Nelson Mandela, líder heroico del pueblo negro y principal dirigente del ANC. Paso a paso, negociando con firmeza y respeto mutuo, Mandela y De Klerk esbozaron un programa de desmantelamiento del apartheid y preparación para una futura democracia multirracial que incluya —eso sí— garantías explícitas y firmes en los derechos políticos, económicos y culturales de las minorías.

Pero contra esos progresos se alzaron las protestas y las maniobras de los sectores reaccionarios. Los servicios de seguridad y defensa del gobierno surafricano, probablemente a espaldas del presidente De Klerk, armaron e instigaron a la violencia homicida a los militantes del movimiento Inkatha, basado en la etnia negra de los zulú y dirigido por el "chief" (cacique) de dicha etnia, Mangosuthu Buthelezi. Como representante del sector patriarcal y tradicionalista del pueblo negro, de mentalidad tribal y reaccionaria, Buthelezi llevaba años rompiendo la unidad de los oprimidos y buscando acomodados con el poder fascista blanco. Ahora, alentados y ayudados por la policía, matones del Inkatha, armados con lanzas y machetes, atacaron a los militantes y simpatizantes del ANC, matando a muchos centenares de ellos. El ANC a su vez contraatacó, y a duras penas Mandela y los demás dirigentes responsables y progresistas pudieron evitar que la violencia fratricida de negros contra negros acabara con toda esperanza de unidad popular y pareciera justificar la tesis racista de que "esos salvajes son incapaces de autogobernarse".

Al mismo tiempo se volvió cada vez más agresiva la reacción pro-apartheid del Partido Conservador de Andries Treurnicht y los actos violen-

tos del ultraderechista Movimiento de Resistencia Afrikaner, dirigido por el feroz neonazi Eugene Terre-Blanche. En vista de que esos movimientos iban ganando terreno e intimidando o convenciendo a muchos ciudadanos blancos, De Klerk decidió su gran jugada, audaz pero bien calculada, del referéndum.

En la consulta del 17 de marzo, los blancos surafricanos debían decir "sí" o "no" a la continuación de las reformas democráticas. Si triunfase el "no", De Klerk renunciaría a la presidencia y se lavarían las manos de toda responsabilidad futura. Si triunfaba el "sí", De Klerk y Mandela prometían una evolución pacífica y civilizada hacia una democracia multirracial en la cual serían plenamente respetados los derechos políticos y económicos de la minoría blanca. Mandela anunció, en ese sentido, que el ANC había decidido abandonar su tradicional programa de socializaciones y que estaba dispuesto a respetar la propiedad privada y la economía de mercado. Pero si votáis "No", agregó con tremenda seriedad el gran líder negro, será inevitable una sanguinaria guerra civil que acabará con todo. De Klerk por su lado explicó y reexplicó, con paciencia y gran capacidad de persuasión, que el "sí" era la única alternativa viable.

Y el pueblo blanco respondió con inteligencia a los líderes inteligentes. Sesenta y nueve de cada cien ciudadanos de origen europeo votaron "sí". Gente preocupada, tal vez algo escéptica, ciertamente conservando dudas y prejuicios frente a los negros pero, pese a todo, convencidos de que había que ir hacia adelante y no hacia atrás. Gente con limitaciones y fallas, pero al fin y al cabo decentes y constructivos; gente con miedo quizás, pero dispuestos a tender la mano y estrechar una mano negra.

Aunque falta mucho camino por recorrer, y aunque los extremistas de derecha no dejarán de intentar provocaciones y de cometer actos de violencia, se ha logrado un avance enorme. Suráfrica se ha convertido en un país de esperanza para blancos y morenos, y ello representa una inestimable contribución a la causa de la dignidad humana.